

Varios destinos, Ciudad de México  
19 de septiembre de 2017

Silvia Reyes Maya



*A Diego y Samantha.  
Yo traeré esta historia y ustedes helados y chocolates.*



## TLALPAN, CIUDAD DE MÉXICO

*Martes 19 de septiembre de 2017*

Son las tres o las cinco de la mañana. No recuerdo a qué hora sonó el despertador, porque en este trabajo de guardias nocturnas en un hospital veterinario las horas son números con indicaciones de los médicos para atender a los pacientes. Ambos confían en las “guardianas”, como nos ha nombrado el jefe. Amanece y las primeras nubes rojizas por el sol siempre se ven alentadoras, indican que la jornada nocturna termina y ahora empieza la diurna, aunque ya llevemos unas cuantas horas robadas de sueño. Es eso, sueño que vale la pena interrumpir para seguir soñando y también manejando ya hacia el siguiente trabajo.

Es día de simulacro de sismo en la universidad. Como la clase que imparto iniciaba a las nueve de la mañana, llegué a tomar un gran tarro de café e indiqué a los alumnos que íbamos a terminar quince minutos antes de las once para que se prepararan y, al momento del simulacro, estuvieran atentos.

Me dirigí al patio cerca de la zona de reunión y, en la hora en punto, sonó la alerta sísmica. Estábamos a unos pasos del Sismológico Nacional y la coordinación de los brigadistas en la evacuación de siete edificios fue impecable. Los altavoces indicaron la efectividad del ejercicio y agradecieron la disposición, aunque, claro, no faltábamos quienes mirábamos el celular para ver cuándo podríamos continuar con nuestra agenda.

Mi gran amiga es brigadista del edificio 2, que tiene varios laboratorios y salones. Teníamos mucho tiempo queriendo tomar

un café y, por fin, ese martes podíamos las dos, solo me dijo que tendría que esperarla al finalizar el simulacro. “Claro, amiga, te espero, yo también estaré ahí”. Así lo hicimos y el café prometido se cumplió en su oficina, porque estaba con algunos pendientes y así podía verlos al mismo tiempo. Platicamos mucho tiempo, de todo un poco y de nada a la vez. “¿Qué has hecho?, ¿y la familia?, ¿los perros y los gatos?, ¿y los trabajos?”

Todo salió a la plática, y después de varios cafés de máquina, y al ver que se pasaban las horas, decidí que me retiraría a la una de la tarde. Tenía que ir al consultorio veterinario que abrí hace cuatro años, a ver si se necesitaba algo urgente. Con el tráfico podría llegar a las dos, aunque no me daría tiempo de pasar a comprar algo de comer, pero recordaba que había algunas reservas altamente calóricas por ahí.

Solo que no me despedí a la una y seguí robándole unos minutos a mi amiga. Su alumna conectó su computadora cerca de donde estábamos y empezó a escribir. Fue ella quien detectó primero el fuerte movimiento que sacudió el edificio y dijo: “¿Está temblando?”. Sí. “Sálganse, sálganse”, empezó a gritar mi amiga con fuerza mientras salíamos entre pánico y prisa; es difícil describir el sentimiento que produce un temblor cuando vas cayendo de un lado a otro en una escalera que parece infinita, y sobre todo cuando los cimientos son el pedregal.

Durante los años de estudiante y académica los temblores no se “sentían” en la roca volcánica que tenemos debajo de nuestros pies, y nos enterábamos de los sismos cuando la familia, desesperada, trataba de comunicarse para saber si estábamos bien. Ahora fue a la inversa. Con el terror reflejado en mis manos que temblaban, vi cómo no había señal de teléfono. Una de las alumnas de mi amiga me preguntó: “¿Estás bien?”. Sé que mi rostro hablaba más que yo, porque dentro de mí sabía que era malo, que algo muy grande había sucedido y que, mientras otros esperaban nos dejaran pasar para seguir con nuestras actividades, yo tenía miedo.

Afortunadamente, las redes sociales funcionaban y en mi casa respondieron rápido que estaban todos bien, que se habían roto algunas cosas de vidrio y que los perros se habían asustado mucho. Solo mi hermana no respondía. Ella nunca deja su teléfono, pero ¿qué tal si había salido rápido y lo olvidó? Por los altavoces nos indicaron que solo podíamos regresar a recoger pertenencias y que debíamos retirarnos porque se suspendían las labores para revisar los edificios. El caos para salir fue el inicio; se escuchaban los helicópteros y las ambulancias.

Tenía encendido el radio del auto para escuchar las noticias que poco a poco informaron de edificios derrumbados. Me sobresaltó escuchar un nombre familiar: Rébsamen. Vivimos siete años a pocos pasos del colegio Rébsamen y a diario pasaba enfrente; lo que desconocía es que fuera una escuela tan grande con muchos alumnos y maestros. La fachada de avenida de las Brujas era corta comparada con la de la calle rancho Piomo.

Mi hermana seguía sin contestar. Como no podía avanzar, dejé el carro estacionado y bajé a comprar algo de comer. Habían cerrado el metro y la gente se dirigía a buscar otra opción de transporte, lo cual se veía difícil. Fueron dos o tres horas, hasta que decidí moverme porque se terminaría la pila de mi celular.

No sé si fue mala o buena idea, pero tenía que llegar a mi casa. Ya no quería estar lejos, aunque fueron cinco horas para lograrlo. Vi cómo empezaron a movilizarse los de a pie con cubetas y palas sobre calzada de Tlalpan en el Estadio Azteca. Cuando pude dar la vuelta antes de llegar a mi casa, los vecinos llevaban agua en garrafones a sus carros.

Mi hermano salió a recibirme, me dijo que no había luz; confirmó que mi hermana no se había comunicado porque su perrita se había escapado en el sismo y que la andaban buscando. Ella vive en Coapa, y como fueron en bicicleta a buscar a la perra, vieron todos los edificios derrumbados: el colegio Rébsamen, Walmart, Suburbia, Galerías Coapa, el edificio Girasoles y el gimnasio

del taekwondo. Mi hermano había regresado porque no la encontraban y ya no había paso. Confiaban en que se hubiera resguardado o que alguien la recogiera porque es dócil y tenía su placa con datos. A las doce de la noche llamaron para entregarla; no lo habían hecho antes porque no había líneas de teléfono, nos dijeron los jóvenes que la encontraron aterrorizada debajo de un auto. Regresó la tranquilidad un poco, porque las mascotas son parte de nuestra familia.

El sismo que sacudió la Ciudad de México en la madrugada de unos días antes fue estrujante, porque desperté cuando ya estaba temblando, además de que se oía muy fuerte la alerta sísmica. Solo atiné a cargar a una de las perritas que duerme conmigo y a bajar las escaleras. Cuando estaba en la puerta, intenté sentarme para confortar a los perros, pero el movimiento me tiró al piso. Mis padres entraron en pánico porque vimos luces en el cielo, gritaban, rezaban y, además, los animales estuvieron aullando por minutos. Fue aterrorizante por despertar de súbito y ver lo vulnerables que somos de un momento a otro.

Regresando al martes 19, cuando pudimos ver la televisión, las noticias eran desalentadoras y confirmaban por qué había sufrido ese miedo después del sismo. La Ciudad de México estaba en crisis, por todos lados había edificios derrumbados. Mencionaron otro lugar familiar, San Gregorio Atlapulco, Xochimilco. Hace siete años mudamos la familia a “la sementera de flores”, o sea Xochimilco en náhuatl. Lejos de nuestra zona de Coapa nos ha costado trabajo adaptarnos a un pueblo-ciudad. Todo queda lejos, la universidad, los trabajos, los cines, las plazas comerciales. Las bonitas tradiciones y los cierres de calles pueden llegar a ser desesperantes.

Seguíamos muy de cerca lo que sucedía en el colegio Rébsamen, y fue hasta que nos venció el cansancio cuando dejamos en espera el rescate de Frida Sofía, confiando en que en la mañana ya se hubiera logrado. Había sido un día muy difícil, pero en ese momento no lo cuantificamos en su verdadera dimensión.

## XOCHIMILCO, CIUDAD DE MÉXICO

*Miércoles 20 de septiembre de 2017*

En cuanto amaneció, encendimos la televisión, pero no se decía nada de la niña del Rébsamen. Comenzó a fluir la información sobre el desastre en Oaxaca y Morelos. En las redes sociales había grupos nuevos a los que me habían agregado. “Veterinarios en el Sismo” fue el primero que vi porque se estaba organizando una brigada para desplazarse a donde se necesitara, pero se quedaron de ver muy temprano y ya no los alcanzaba. Mi hermano y yo quisimos hacer una brigada veterinaria a San Gregorio, pero no pudimos pasar, la carretera estaba desbordada de ayuda en camiones y hasta en bicicletas, y después de intentar un rodeo, nos regresamos. Rotulamos el carro con un cartelito que decía “Vehículo de apoyo-Veterinario”, que al final me costó mucho trabajo retirar por el valor sentimental que tuvo después.

## UNIDAD HABITACIONAL MULTIFAMILIAR TLALPAN CIUDAD DE MÉXICO

*Jueves 21 de septiembre de 2017*

El grupo de Veterinarios en el Sismo solicitó un relevo veterinario para el multifamiliar Tlalpan, había que llegar temprano porque la doctora llevaba 48 horas ahí y necesitaba ir a su casa. Yo la conocía y me comuniqué con ella. Me dijo que, si podía, fuera en ese momento, porque prefería dejar a alguien conocido.

Me fui en el tren ligero con solo una maleta con medicamentos y una sudadera hasta el Estadio Azteca, donde nos bajaron, y tomé un microbús que me dejó muy lejos. Para llegar, pedí ayuda a los policías que desviaban el tránsito en el puente de la

calle prolongación División del Norte, pero no me hicieron caso, me indicaron que caminara. Del puente colgaba una manta escrita a mano que decía “edificio colapsado”. Pedí un aventón y, afortunadamente, un motociclista se paró, porque nunca hubiera llegado a pie.

El primer retén era infranqueable, hasta que salió a hablar con ellos la doctora a la que iba a relevar. Me dieron un casco blanco y un chaleco azul para entrar, porque ya no había necesidad de voluntarios y muchos esperaban pasar. Ella se veía muy cansada, pero me explicó que los perros rescatistas tienen sus veterinarios propios cada uno y que solo en caso de que solicitaran la atención médica, se les prestaba. Dejaría medicamentos y dos voluntarios por si yo necesitaba algo. La doctora había atendido por agotamiento un día antes a un perro, que salió en televisión. Su manejador solo hablaría con ella, pero trataría de decirle que ya se iba porque tenía que organizar una brigada a Morelos.

Mientras caminábamos y me acercaba a la zona cero, me vi en la realidad, en una que no conocía y que nunca olvidaré. Pasé muchas veces por enfrente del multifamiliar Tlalpan, de esos edificios de balcones con láminas que habían resistido el sismo de 1985. Incluso desconocía que así se llamaba ese complejo enorme, pero recordaba el edificio que colapsó.

El campamento veterinario estaba bien organizado. Había lonas, cobijas, medicamentos y dos perros rescatistas en sus jaulas que esperaban pacientes. La perrita *Frida* era ya una celebridad, pero no había venido a Tlalpan. Era un mundo de personas: rescatistas, topos, médicos, enfermeras, periodistas, voluntarios, marinos, soldados, etc., que iban y venían cual hormigas cargando cosas, hablando por teléfono, dando instrucciones, esperando entrar.

Fue alrededor de las siete de la noche, porque ya había oscurecido, cuando mandaron llamar a la veterinaria que había atendido al perro *Titán* ayer; como mi compañera no estaba y había más

médicos, nos aproximamos a la barrera con la persona que había llamado. Eran *Titán* y su dueño. El perro es imponente, de color café con negro y traía un collar con un arnés grueso. Su entrenador lo sostenía con fuerza, y con voz seca se dirigió a nosotros: “No voy a hablar con todos, solo con una persona. Como la doctora de ayer no está, denme un nombre para que pueda hablar solo con uno”. Garabateó el nombre de una colega en un papel, le dejó encargado al perro y se retiró en un instante.

Pasó un tiempo, le dimos agua y de comer a *Titán*, que tiraba de su correa hacia donde estaba el derrumbe. Al rato se escuchó que llamaban a la colega porque necesitaban al perro. Desaparecieron los dos adentrándose en la zona del siniestro. Como pasaban de las nueve o diez de la noche, los voluntarios tenían que irse y me dejaron las pertenencias de la doctora que llevó al perro, mientras su teléfono celular recibía y recibía mensajes. Al cabo de una hora salí y me dijo que se tenía que ir, pero que regresaba mañana. Había entrado al techo del edificio contiguo al derrumbe y su rostro denotaba una gran impresión.

Creo que aquí empieza a escribirse la verdadera historia, cuando por primera vez tomé la correa de *Titán*, alma incansable y maestro de vida. Tiraba muy fuerte hacia el edificio colapsado y yo trataba de distraerlo para que descansara un poco. En ese momento no sabía que él llevaba desde el primer día en el derrumbe, que había localizado a más de veinticinco personas, muchas de las cuales fueron rescatadas con vida. El marcaje que había realizado junto con su manejador había sido reconocido por las brigadas de Japón e Israel. Mientras otros perros se habían puesto muy nerviosos al entrar al sitio, *Titán* continuaba rastreando y queriendo regresar a trabajar con su dueño. ¿Cómo iba yo a saber que no llevaba un veterinario particular, como todos los demás animales, dada su alta estima?

No pasó mucho tiempo para que saliera su propietario a decirme que iba a descansar un poco y que el perro se quedaría ahí

con nosotros. Lejos de su dueño, el animal empezó a inquietarse, por lo que solicité a los voluntarios una jaula transportadora para guardarlo a dormir. La chica del almacén de herramientas que improvisaron al lado de las vías del tren ligero me preguntó que de donde venía. Le dije que era veterinaria del campamento, y su respuesta fue: “Aaah, sí, ustedes son *Paw Patrol* (Patrulla Canina), así los identificamos”, y en menos de una hora llegaron dos transportadoras para, por fin, dejar descansar al perro y de paso a nosotros. Ella se encargó de proporcionarme todo lo que necesitaba para la atención del perro rescatista, lo que fuera, amablemente lo conseguía. La noche fue muy fría y, por supuesto, dormimos muy poco, casi nada.

## UNIDAD HABITACIONAL MULTIFAMILIAR TLALPAN CIUDAD DE MÉXICO

*Sábado 23 de septiembre de 2017*

Serían las seis de la mañana, cuando el frío y el nerviosismo terminaron con nuestro escaso periodo de sueño. Nos levantamos al baño en parejas y ya clareaba el día. Un poco de café nos regresó a la realidad.

El edificio 1C, derrumbado, mostraba su peor cara cuando, a las 7:15 a.m., se activó la alerta sísmica. Había personas durmiendo y *Titán* estaba en su jaula, aunque ya lo habíamos llevado a pasear. El pánico se extendió en segundos y solo logramos despertar a los dormidos para escuchar los gritos de “aléjense de los edificios”.

Quise sacar al perro, pero una persona de Protección Civil me hizo a un lado: “No puedes estar aquí, retírate”. Pasaron los minutos, pero el sismo anunciado no fue perceptible para mí. Lo que impresionaba era el sonido de la alerta sísmica junto con la

psicosis colectiva. Regresamos a ver al perro y lo sacamos a dar la vuelta para que comiera y tomara agua; la veterinaria que estuvo el primer día con él había regresado para verlo.

Al poco tiempo se presentó un suceso inesperado para quienes desconocemos una situación de desastre. Todos los rescatistas fueron “bajados” del derrumbe porque el edificio ya no era seguro después del sismo. En unos minutos el hormiguero se quedó vacío. A las 9:15 se declaró el cese de actividades de rescate y se escuchó, nunca más triste, el himno nacional mexicano. Sin embargo, nadie se movía, ni se iba.

La brigada de Japón salió primero y todos aplaudimos en agradecimiento. Pero fueron los únicos. Se escuchaban gritos y reclamos que poco se distinguían porque la zona estaba acordonada. “No nos vamos a ir”, “nos vamos a volver a subir”, “no pueden evitarlo”. Se empezó a tensar mucho el ambiente, llegaron fuerzas del orden, pero entre las escuadras de rescatistas ya se estaban organizando para volver al edificio. No sabíamos qué hacer y decidimos no irnos, esperar.

En ese momento los grupos de rescate acordaron formar una comunidad internacional para respaldarse unos a otros en situaciones de desastre, como en México. Lograron regresar porque no dejaron el sitio y porque los familiares de las personas atrapadas trajeron un abogado que tramitó un amparo para evitar la entrada de maquinaria pesada, que ya estaba apostada frente al edificio. Entrarían pocos rescatistas, pero seguirían trabajando. Algunos de ellos vivieron el sismo dentro del edificio colapsado, inmersos en los túneles de treinta por treinta centímetros que habían cavado. Una de sus frases quedó registrada en mi mente: “A la hora del temblor dentro del derrumbe, nadie es ateo”. Aunque habían pasado muchas horas, la esperanza seguía presente. Al cabo del día, vino el propietario del perro y, con voz firme, nos dijo: “Me voy a mover a otro lado”. En ese momento y sin meditarlo mucho respondí: “Me voy con ustedes”. No sabía ni a dónde, ni cómo,

ni cuántos días. Tomé unas cuantas cosas del campamento para el perro y nos fuimos. Ya en el camino supe que íbamos a San Gregorio, Xochimilco.

Un voluntario que brindaba transporte nos llevó en su camioneta con la jaula del perro y el pequeño grupo de rescatistas que se había conformado en Tlalpan. Habían estado desde el primer día del derrumbe, habían compartido muchas horas y habían trabajado mano a mano todo el tiempo. El trayecto fue largo, ya era de noche. Pasamos por la zona de derrumbes de Coapa, sobre la avenida Canal de Miramontes, donde a todos nos impresionó ver los edificios que conocíamos y que alguna vez visitamos, como Galerías Coapa o el gimnasio del taekwondo, destruidos. He practicado taekwondo por más de diez años, y cuando fui a preguntar en ese *doyang* (escuela), que tenía muy bonitas instalaciones, la colegiatura se salía de mi presupuesto. Fue mi hermano el que me comentó que, cuando buscaba a la perrita perdida, había visto que el gimnasio se había caído. Al lado había una ferretería que proporcionó todo su material para el rescate de personas en el edificio Girasoles que estaba detrás.

## SAN GREGORIO, XOCHIMILCO CIUDAD DE MÉXICO

*Sábado 23 de septiembre de 2017*

Llegamos al pueblo ya entrada la noche. La carretera estaba en muy malas condiciones, pero los relatos de los rescatistas hacían más llevadera la ruta. San Gregorio era una boca de lobo por la oscuridad que reinaba, solo iluminaban los faros de los automóviles. No había más luz que la de una planta generadora grande que hacía mucho ruido y aportaba energía por momentos a las casas. Bajaron los rescatistas y las personas nos ofrecían comida

o bebidas calientes. Aproveché para descansar mientras esperaba con el perro. Se abrieron las puertas del carro y, cuando pensé que íbamos a bajar, no fue así. Se le negó el acceso a la brigada porque la zona estaba bajo mando del ejército y no se requería ayuda. Ante esta situación, regresamos a nuestras casas, sin algún plan para el siguiente día.

Era domingo y todo estaba tranquilo. No había agua en la colonia. En la televisión había menos noticiarios y más programas habituales. En la práctica diaria de la medicina veterinaria hay una expresión entre los doctores: “el síndrome del que sigue”, es decir, cuando tienes un paciente complicado y ya esperas el próximo.

Fue esa necesidad de seguir haciendo algo, lo que fuera, lo que no me permitió quedarme en mi casa a ver los reportes. Empecé a buscar en las redes sociales a dónde podría ir o a quién dirigirme para sumarme a una brigada, algún centro de acopio, llevar víveres, etc. En algunos sitios, muchos más de los que hubiera querido, decían que ya no se requerían voluntarios. Afortunadamente, logré comunicarme con la doctora que estuvo con *Titán* y que ya casi se iba a Morelos. Me dijo que en Tlalpan necesitaban relevo, pero sería para la noche, porque nadie quería quedarse. Por supuesto que yo sí podía y quería ir. Fui de vuelta al multifamiliar que ya tenía otra cara. Llegamos de noche y los retenes casi habían desaparecido, por lo que ingresamos sin problema. Ya no había perros de rescate, solo se quedaba alguien en el campamento veterinario en caso de encontrar alguna mascota en el derrumbe, como había sucedido con un perro Schnauzer esa tarde. Los colegas no pudieron atenderlo, porque lo acaparó otra brigada que no era de veterinarios. La imagen de dos rescatistas japoneses cargando al perrito dio rápidamente la vuelta por internet.

UNIDAD HABITACIONAL MULTIFAMILIAR TLALPAN  
CIUDAD DE MÉXICO

*Domingo 24 de septiembre de 2017*

Esperé a que llegara el día y observé menos gente. Una chica llevaba desayunos y la ayudamos a repartir entre los uniformados, que eran los más presentes. Llegaron los relevos de día, pero decidí quedarme. En un momento se escuchó una voz que gritaba a través de la reja: “¿Tienes croquetas para *Titán*?”. Llené una bolsa y se las pase preguntándole: “¿Está aquí?”. “No –me dijo–, está en el albergue”, y desapareció. Pensé: “Vaya, qué suerte volverlos a encontrar”, porque no tenía ningún teléfono de contacto ni nada de ellos, podría haberles perdido la pista.

Seguimos repartiendo el desayuno y, en cuestión de minutos, vi pasar al perro con su manejador rescatista. Me fui tras ellos. Lo único que atiné a decir cuando los alcancé fue “¡hola!”, conteniendo la emoción de encontrarlos. Con una voz más suave que la que conocía de días anteriores, la respuesta fue: “¡Ah, también regresaste!”. Desde ese momento me convertí en la sombra de *Titán*. Armé una cubeta con botellitas de agua y sus platos con croquetas. Lo seguía mientras esperaban afuera, lo paseaba si me lo solicitaba su dueño y, en pocas palabras, estuve detrás de ellos todo el tiempo.

La zona cero, el derrumbe estaba a escasos metros. El rescatista platicaba con los soldados y hacían planes mientras yo sostenía al perro, que se mantenía tranquilo si tenía cerca o a la vista a su dueño. Estaban haciendo del albergue en una iglesia su centro de operaciones, ahí descansaban y comían y, por supuesto, fui también con ellos. Las personas rescatadas o que habían perdido sus casas ya los reconocían y les agradecían su ayuda. Esa noche descansaron como no habían podido hacerlo en días, los dos juntos durmieron hasta que recuperaron un poco de la fuerza que necesitaban para lo que vendría.

ALBERGUE DE LA IGLESIA DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ  
TLALPAN, CIUDAD DE MÉXICO

*Lunes 25 de septiembre de 2017*

Pernoctar en el salón de usos múltiples de la iglesia, habilitado como centro de acopio y albergue, fue un bálsamo revitalizador. Sentir la protección de un gran Cristo que se ve desde todos los lados de la sala, era como una señal de que siempre estamos en sus manos, sin importar lo que suceda.

Hacía ya una semana del sismo. Como la universidad siguió con sus actividades, tenía que presentarme a trabajar y lo hice. Me levanté muy temprano y caminé por un rato en la oscuridad para salir hacia el transporte. Contaba los minutos para regresar. Al mediodía volví y escuché que había planes de un sitio para desplazar al binomio. En ese momento, el propietario de *Titán* dirigía las actividades de todos, como lo había hecho en la zona de derrumbe. “Vamos a la Roma, a Álvaro Obregón. Estamos consiguiendo el transporte”.

Reunimos todas las cosas para guardarlas y nos subimos a una camioneta que llegó rápido a una zona muy diferente de la calzada de Tlalpan.

AVENIDA ÁLVARO OBREGÓN NÚM. 286,  
COLONIA ROMA NORTE, CIUDAD DE MÉXICO

*Lunes 25 de septiembre de 2017*

Había muchos inmuebles dañados, paredes rotas, ventanas sin vidrios, letreros de no tomar fotos por respeto; parecía un pueblo fantasma. El edificio siniestrado estaba en Álvaro Obregón núm. 286. El campamento parecía una ciudad interna. Todo

estaba organizado, había carpintería, médicos, periodistas en una sola zona y muchos, pero muchos militares. El paso estaba completamente restringido, no había manera de acercarse al edificio colapsado. Y no lo digo por nosotros, los voluntarios. Le fue negada la entrada a la brigada de búsqueda.

El derrumbe era enorme, un monstruo completamente iluminado de noche, impresionaba ver la magnitud del edificio colapsado y cómo había afectado a los alrededores. Parecía que un dedo gigante había comprimido la construcción desde arriba, como un pastel, porque se veían las gruesas capas de cemento, unas sobre otras. Imposible entrar o acercarse. A solicitud expresa de los familiares de las personas desaparecidas para realizar la búsqueda con el perro, la respuesta fue siempre no.

Se armó el campamento en una casa de campaña para estar ahí durante la noche y dejar que descansaran un poco los rescatis-tas y el perro. Llovió como nunca, y todo lo que llevábamos se mojó. Frío e incertidumbre; esperaríamos a que amaneciera para volver a intentarlo.

AVENIDA ÁLVARO OBREGÓN NÚM. 286  
COLONIA ROMA NORTE, CIUDAD DE MÉXICO

*Martes 26 de septiembre de 2017*

Temprano de nuevo, como a las seis de la mañana, porque nadie duerme o, mejor dicho, nadie puede dormir, escuché una voz cálida que me ofrecía un delicioso tamal oaxaqueño con atole. “Señorita, dígales a los policías que mañana también nos dejen pasar”. Le pregunté de dónde venían y me respondió que de Tlalnepantla. ¡Y yo que pensé que estaba lejos de mi casa!

Empezaba el día y la espera. Me seguía impresionando el nivel de organización del campamento. Todo acomodado, limpio, a la mano.

Veíamos pasar brigadas de rescate, principalmente las extranjeras, algunas con perros, y nosotros seguíamos esperando. No recuerdo la hora, pero la orden fue: “Levanten las cosas porque vamos a entrar”, y lo hicimos rápido. Solo podía entrar un veterinario por perro rescatista, pero al final entramos dos. No había espacio para armar de nuevo la casa de campaña y la indicación era que el perro no podía estar cerca de la zona de alimentos. Fue complicado, hasta que permitieron entrar con todo el equipo a un bar que estaba habilitado como centro de mando, justo enfrente del edificio con el número 286.

Las horas pasaban y la incertidumbre crecía, porque estar ahí, tan cerca, aún era lejos, mucho antes de poder acceder al derrumbe. La noche fue complicada porque no se podía apagar la luz y compartíamos el albergue con muchas personas.

AVENIDA ÁLVARO OBREGÓN NÚM. 286  
COLONIA ROMA NORTE, CIUDAD DE MÉXICO

*Miércoles 27 de septiembre de 2017*

Me levanté a las seis de la mañana y, brincando personas dormidas, salí temprano a trabajar. No quería pasar el retén porque pensaba: “¿y qué tal si no me dejan entrar al rato?”, pero era obligatorio. Así como estaba vestida, me fui a dar clase, creo que llevaba días con esa ropa.

Contaba los minutos para regresar y lo hice. Para salir me habían marcado la mano con un plumón escribiendo una clave con la que me permitieron entrar de nuevo. Cuando regresé, llegué al centro de reunión y escuché por primera vez el que sería mi nombre de identificación en el grupo: “Maya, ¿dónde andabas?”, en la voz del líder y dueño de *Titán*. “Fui a la universidad”, le respondí. “Pues avísame, no vi a qué hora te saliste”. Aunque mis

compañeros sabían a dónde había ido y se lo comunicaron, después me di cuenta de que así cuidaba él a cada integrante de su equipo, que detrás de esa figura de autoridad estaba una persona que valoraba a todos.

AVENIDA ÁLVARO OBREGÓN NÚM. 286  
COLONIA ROMA NORTE, CIUDAD DE MÉXICO

*Jueves 28 de septiembre de 2017*

Día completo en espera. Una imagen grande de la Virgen de Guadalupe había sido colocada justo encima del número 286 del edificio, se alcanzaba a ver desde lejos. Parecía como una entrada al derrumbe. También había coronas de flores. Otra imagen de la Virgen del Tepeyac estaba en la carpa improvisada para oír misa, a unos pasos de donde estábamos nosotros. A las cinco de la tarde un sacerdote con acento extranjero oficiaba.

Llegaban los familiares que buscaban a sus hijos, hermanos, esposos y esposas. Era imposible no sentir su dolor y entender un poco lo que pasaban. Estar tan cerca y no poder hacer nada, sabiendo que una persona muy importante para nosotros está ahí, atrapada. ¡Qué ganas de volver a abrazarla después del trabajo, de cenar juntos, de platicar, de decirle cuánto la extrañamos! Salió en la mañana a trabajar y no ha vuelto, no responde el teléfono, no está en casa de alguien.

A la hora de la misa comenzó a llover y mis lágrimas se mezclaban con las gotas de lluvia. Qué ganas de darle un enorme abrazo a quien ya nos cuida desde el cielo. Besar a quien no quiso despedirse porque sabía que no podríamos dejarlo ir. Recordar a la estrella que se fue a brillar en lo más alto. Extrañar al ángel que Dios quiso de vuelta tan rápido y con el que unos días antes había platicado para pedirle que me ayudara a encontrar el sentido de mi vida.

Esa tarde, para asegurarnos de que todo estaba en orden, llevamos al perro rescatista a revisión con un especialista en ortopedia veterinaria, buen amigo de gran corazón que lo recibió en su hospital y le donó la consulta.

De regreso en el centro de operaciones había más movimiento y entusiasmo. Llegaron integrantes de grupos de topes y se organizaron para el día siguiente. Al parecer, la posibilidad de ingresar al edificio aumentaba y querían estar preparados.

AVENIDA ÁLVARO OBREGÓN NÚM. 286  
COLONIA ROMA NORTE, CIUDAD DE MÉXICO

*Viernes 29 de septiembre de 2017*

Empezó el día muy temprano, antes de amanecer. Llevamos al perro a dar su paseo y fuimos a desayunar. Ya se había conformado una brigada importante, tenían equipo de sonido, de rastreo y todo preparado para entrar. Ingresó un grupo pequeño y, cuando regresó, ingresó el siguiente.

Recuerdo cómo *Titán* se entusiasmaba cuando veía cómo se colocaban sus implementos de trabajo, solo que en ese momento su persona no quiso ingresar con el perro, primero tenía que entrar a hacer un diagnóstico. Muchas impresiones las guardaron para sí mismos, pero su rostro mostraba tristeza y frustración. “Había poco que hacer”, explicaron. Eran ya muchos días después.

ALBERGUE DE LA IGLESIA DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ,  
TLALPAN, CIUDAD DE MÉXICO

*Viernes 29 de septiembre de 2017*

A las dos de la tarde, el líder nos indicó que levantáramos el campamento. Recogimos todo y lo almacenamos. Necesitábamos transportarnos al albergue de Tlalpan y, después, cada quien a su casa. Ofrecí mi carro, al fin que ha trasladado perros y gatos de todos tamaños y colores, y con gusto llevaría a *Titán* a donde fuera.

Le tomé varias fotos en el auto porque transportaba al héroe mientras iba tranquilo, como que sabía que había hecho un gran trabajo. Cruzamos la ciudad hacia el sur y pasamos al albergue de la iglesia. Ahí estaban las donaciones que amablemente la gente había hecho para el perro rescatista. Había botitas, croquetas y latas de comida que tenían su nombre y la palabra “donación”.

Durante la cena afuera del albergue, el dueño de *Titán* me comentó que necesitaba ver lo de las vacunas de su perro, porque así como había perdido su teléfono celular y algunas otras cosas durante esos días, estaba seguro de que el carnet de vacunación también se había extraviado, porque ya no lo llevaba en su mochila. Puse a su disposición el consultorio veterinario y lo que se requiriera, podía conocer nuestras instalaciones y así abríamos un expediente para llevar el registro de vacunas y desparasitaciones. Ya me había dado a la tarea de asegurarme de que mi número celular estuviera en su directorio, porque no estaba dispuesta a perderles la pista de nuevo. Así estuve segura de que el registro de “Maya” correspondía a mi teléfono.

Ya eran más de las once de la noche cuando nos encaminamos de nuevo al sur, hacia Xochimilco. En una plática informal nos dimos cuenta de que el dueño de *Titán* y yo éramos vecinos de la zona. Después de muchos días, por fin llegaron a su casa. Su familia lo esperaba ansiosa porque no tenía noticias de ellos más

que por la televisión. Habían salido inmediatamente después del sismo. El binomio se había dirigido a San Gregorio antes que a Tlalpan. Llegó rápido, lo que le permitió coordinar los primeros rescates. Posteriormente se fueron al colegio Rébsamen, pero había muchos rescatistas, así que se encaminaron al multifamiliar de Tlalpan, donde lograron trabajar más que en los otros sitios. Hicieron suyo el derrumbe y, durante días completos, ayudaron. Sin descanso y sin ver el tiempo. Hay muy pocos registros de sus actividades; una entrevista y dos reportajes que he localizado en internet. La respuesta de por qué, es sencilla, como ellos dos, porque todo el tiempo estuvieron arriba, trabajando en el edificio, les llevaban agua y comida porque no podían perder un minuto.

El dueño de *Titán* es un héroe anónimo, voluntario, rescatista. Hombre de talla pequeña y alma vieja. Incansable. De voz fuerte y clara. Con formación militar, pero amable y protector. Nadie creería su edad al verlo trabajar y dirigir en las zonas de desastre. Caminó mucho con su perro para llegar a apoyar en lo que pudiera, según su relato; sin embargo, era su momento de ayudar. Algunos podíamos cargar cosas, otros retirar escombros, hacer comida y llevar agua, ir a comprar víveres, pero él tenía el conocimiento y el valor de enfrentar la desgracia cara a cara.

El talento del binomio se describe en una sola palabra: “impresionante”. Llegaron sin equipo de búsqueda, sin tecnología, sin más herramientas que sus manos y huellitas. En plena oscuridad en el derrumbe de Tlalpan, organizó a la gente para iluminar el edificio y hacer la búsqueda y el marcaje de lugares donde el perro detectaba vida. Ya identificado el punto, había que romper cemento y losas para acceder por túneles estrechos. Apuntalar el edificio y rescatar a los que alguna vez fueron sus moradores. En todo momento reconoció a su recién conformado equipo, a todos les asignó un nombre, como lo hizo conmigo. Un chico delgado y alto fue su guía porque vivía en el otro edificio y los conocía a la perfección, lo llamó “Mapa”.

Cuando llegaron las brigadas de rescate del extranjero se pusieron a su disposición, porque así comenzaron a trabajar juntos, a complementarse con toda la ayuda que traían. Los expertos japoneses observaron los marcajes al llegar y preguntaron quién los había hecho. La respuesta del dueño de *Titán* fue: “Nosotros”, señalando al perro también. Hicieron un saludo de respeto al animal inclinando su cabeza, y si el relato es conmovedor, haberlo visto debió ser inolvidable. En cada punto de marca realizado por ellos dos, se ubicó una señal de vida con los equipos modernos. Era su destino.

## UNIDAD HABITACIONAL MULTIFAMILIAR TLALPAN CIUDAD DE MÉXICO

*Jueves 19 de octubre de 2017*

Día de memorial. Eran solo treinta días después y parecía que había pasado más tiempo. Se convocó a acudir al multifamiliar a las 13:15 p.m. para hacer una misa por los fallecidos y una ceremonia de reconocimiento a los rescatistas. Había muchas camisetas blancas, manos que sostenían globos del mismo color y coronas de flores. Los nombres ahora tenían rostros en fotografías que se acomodaron en la pared de madera que cubre el derrumbe sobre calzada de Tlalpan. Con pintura en las manos, los damnificados dejaron impresas muchas huellas en ese muro temporal, encendieron veladoras y colocaron objetos, como juguetes y flores. Se recordó a hombres, mujeres, niños, niñas, y una gatita con muchas lágrimas y tristeza, con ese sentimiento de no haberse despedido. Se reencontraron los rescatistas, se saludaron y se abrazaron. Los que siempre estuvieron ahí y los que solo ellos saben si merecían el reconocimiento. Yo tomaba las fotos con la cámara del propietario de *Titán*, y como hacía calor, llevaba botellitas de agua para el perrito.

## CIUDAD DE MÉXICO

*Tiempo después del 19 de septiembre de 2017*

Intentando regresar a nuestras vidas habituales, nos reincorporamos al trabajo, a la escuela, a la casa. El dueño de *Titán* lo llevó conmigo a sus vacunas y desparasitación. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando me comentó que ambos les tienen fobia a las inyecciones! ¡Y vaya que era grande su fuerza cuando sintió el piquete y salieron volando varias cosas! “Te lo dije”, escuché, al tiempo que nos recomponíamos del tremendo empujón.

Así comenzó la segunda parte de la historia. Nuestro líder me consideraba para integrarme a su brigada de búsqueda y rescate apenas en conformación. Yo había estado pensando en formar una asociación civil que respaldara económicamente el trabajo de rescate y que pudiera transportar al binomio a cualquier parte del mundo. Cuando se lo comenté, le pareció excelente.

La noticia que realmente alegró mi corazón fue cuando me preguntó sobre mi perro, *Gustavo*, un mestizo de un año, talla grande, cruza de pastor alemán, rescatado de la calle a las pocas semanas de nacido. ¿Aceptaría que le hiciera unas pruebas para ver si era candidato a un entrenamiento de búsqueda y rescate? No lo podía creer.

Uno de esos días de larga espera en Álvaro Obregón 286 le había mostrado la foto de mi perro en el celular porque lo tengo como fondo de pantalla. Acepté de inmediato y me comprometí a llevarlo a donde él me indicara. Sin embargo, me preocupaba un poco el carácter dominante de *Titán*, pero como los conflictos casi siempre son de humanos, los perros se llevaron de maravilla.

Las pruebas iniciales consistían en ir a un cerro cercano para ver cómo se comportaba mi perro en zonas de deslave. Creo que la que necesitaba entrenamiento era yo, porque regresé con un tobillo torcido.

Los pocos ladrillos que se han colocado para formar el equipo de rescate y la asociación parecen tener un cimiento fuerte. Quizá somos pocos, nos contamos con una mano, porque el resto de la brigada de Tlalpan decidió conformar su asociación tomando el nombre que nuestro líder había definido para el grupo. Cada quien estará donde quiera estar.

Ahora tenemos algo que hacer con un objetivo para seguir adelante. Tomar la enseñanza del 19 de septiembre 2017 para integrarla y hacerla crecer. México es un país en riesgo sísmico, asentado sobre las fallas de las placas tectónicas. Tendríamos que saber convivir con los sismos, pero a veces la lección se tiene que tomar dos veces para aprenderla. Por ejemplo, en países donde cada año nieva y las temperaturas son de  $-40$  grados, las personas saben cómo pasarlo y están adaptadas. En nuestro país, cada año hay desastres naturales y se sigue construyendo en el cauce de ríos, y en zonas de alto riesgo de sismos hay muchos edificios altos sin tecnología antisísmica.

Nadie sabe cuándo se presentará otra tragedia que requiera una brigada de rescate y la movilización de un país entero. Nuestro equipo ha empezado a adquirir cascos, mochilas, botas, cuerdas y lámparas, entre otros implementos, para tener algo preparado por si necesitamos salir a acompañar al binomio.

Para continuar su labor de seguimiento, el dueño de *Titán* acudía al albergue del multifamiliar Tlalpan, y en ocasiones lo acompañé porque había que revisar a algunos perros de los damnificados. Rescataron a un bóxer de la calle y lo llamaron *Terremoto*. Tenía problemas de salud y el líder me pidió que fuéramos a verlo porque le preocupaba. Tenía razón, su condición era muy pobre, delgado y con lesiones en la piel. Empezamos a darle tratamiento, pero notamos que avanzaba muy poco. Arreglamos ir por él algunos días para bañarlo y vacunarlo, y fue más fácil. Es un animal muy noble que ahora está esterilizado. Los demás perros la pasan un poco mal por la falta de espacio y el frío de la noche. Aunque

hemos tratado de darlos en adopción, no estoy muy segura de que los propietarios quieran dejarlos ir. A fin de cuentas, son parte de su familia y eso es respetable. No podría imaginarme la desgracia de perder mi casa y tener que separarme de mis perros y gatos. Como dije antes, cuando escapó la perrita de mi hermana por el sismo, son familia, y sin el afán de hacerlos como hijos, se han ganado una parte de nuestro corazón y se merecen una buena vida el tiempo que los tengamos prestados.

Esa ha sido mi labor, pero el líder tiene pensadas otras funciones para mí que yo ni imaginaba. En este tiempo he tenido que fortalecer mi voluntad y desafiar lo que tenía casi escrito en piedra: que mi única función sería cuidar la salud de los perros. Tengo que respetar las indicaciones, porque así como nuestro líder valora mi trabajo como veterinaria, yo voy a seguir sus órdenes. Para mí, que he sido una persona tan independiente, fue raro tener que avisarle a dónde iba o a qué hora regresaba. Mi papel en la brigada ha sido multifacético, desde llevar las redes sociales, buscar presupuestos, conseguir asesoría para la formación de la asociación, financiar prioridades, comprar víveres y ser la mano detrás del nuevo perro de rescate, el mío. Hay que salir a prácticas a las cuales, definitivamente, no estaba acostumbrada, porque el sol quemante y el territorio agreste no son lo que hago diario. Tenemos que reinventarnos para seguir adelante. Había olvidado la dulzura del aroma a bosque, a tierra mojada y la paz de la naturaleza. He aprendido a encender una fogata, a cortar madera, a hacer nudos, a ver en la oscuridad, a racionar el agua, a llenar una mochila con lo necesario; a seguir, a escuchar, a observar. A no quejarme, a adaptarme, a compartir, a tomar una mano, a oír una historia. Así se abrió un mundo nuevo delante de mis ojos.

Diseñé un logotipo para la brigada con una bandera de México, una silueta de un perro pastor alemán, un rescatista, un estetoscopio y una paloma de la paz. Será para los uniformes, junto con el logotipo del consultorio veterinario y nuestros nombres bordados, no el de pila, pero sí el del grupo.

Antes de terminar el 2017 se presentó la oportunidad de realizar una búsqueda en un bosque. Como la mejor recomendación es la de boca en boca, así llegó el llamado por una amiga que había estado en el multifamiliar Tlalpan y que me preguntó si el binomio podría apoyar en el servicio de búsqueda de una persona desaparecida. Ya en la montaña, y ante una total desorganización, perro y hombre comenzaron a trabajar con un rastro. Con ese mismo talento natural que asombra, lograron hallar información en pocas horas. Sin embargo, se agotó el tiempo y tuvimos que regresar a la ciudad a petición de los solicitantes. Ya parecíamos más un equipo de rescate y quedamos en espera por si requerían de nuevo nuestro apoyo.

## SIGUIENTE DESTINO: PLANETA TIERRA

*2018 en adelante*

Conforme pasan los días y vamos recordando lo sucedido el 19 de septiembre de 2017 en nuestra ciudad capital, aparecen siempre nuevos detalles, mismos relatos, pero con tonos diferentes, momentos que han quedado fotografiados en la mente de todos. Son como un almacén que va tomando forma y que a veces vuelve a desordenarse para encontrarse como piezas de rompecabezas para, al final, embonar perfectamente. Hemos llorado y reído, tanto de miedo como de felicidad. Nos hemos reconstruido. Pláticas interminables en noches de insomnio que podríamos asociar al estrés postraumático. Muchos planes y sueños; pocos centavos, como decían los abuelos. Regresamos juntos, incluso con *Titán*, a los albergues de la iglesia y de las canchas, al camellón de calzada de Tlalpan, a la zona del edificio 1C, en ocasión de Navidad y en Año Nuevo, como para que no nos olviden ni se sientan olvidados.

La dinámica es diferente, porque la situación es dura. No hay solución de reconstrucción, pero al final creemos que una parte de *Titán*, una de su binomio y una mía se quedaron ahí, arriba, en el edificio colapsado, cerca de donde continúa ondeando la bandera mexicana, en el espacio que ocupamos unos cuantos días.

Un pedacito de nuestro corazón, como semilla, tendrá que vencer la oscuridad en medio de los escombros y romperse a sí misma para germinar como una planta. Quizá necesite mucha luz del sol, aire puro y agua fresca para fortalecerse y, un día hermoso, florecer. Podrá encontrar piedras enormes que la quieran detener o desviar, que oscurezcan su entorno, y ahí tendrá que demostrar la fuerza de sus raíces. Escuchará voces de desaliento, de malezas que solo se han arrastrado en el polvo y que, por no haberlo logrado, le gritarán que ella tampoco lo hará. Vendrán vientos fuertes, lluvias interminables, granizo pertinaz, sol quemante y mucho frío. Podrá pensar que ha dado todo y que es el momento de despedirse, de darse por vencida. ¿A quién se le ocurre florecen entre escombros? “Así es”, le dirá su voz interna, “a ti se te dio una sola oportunidad de ocupar un fragmento de este planeta y de romper tus propios temores y paradigmas para crecer, para evolucionar, para dejar un mejor entorno a otras semillas que, con tu ejemplo, querrán florecer también y te verán, orgullosas, seguir la luz del sol como lo hacen los girasoles”.

Será nuestra voz interna la que nos encamine a donde nos quiera llevar el destino, porque sabemos que, en el fondo, la vida nos dará de nuevo la gran oportunidad de ayudar y de sentirnos bendecidos al hacerlo.

Que nuestras manos sirvan a la paz y a nuestros compañeros de viaje en este universo. La alerta sísmica nos indicará cuándo es el momento de salir de casa y no saber cuándo regresar, de organizarnos y reunirnos. De tomar una mano para tocar un alma. De seguir las enseñanzas de nuestros maestros animales en la Tierra y de los que ya han trascendido. De conocer el verdadero significado de

la palabra solidaridad. De transformar nuestro miedo en adrenalina y nuestras dudas en fe. De borrar fronteras y dibujar nuevos mapas. De volar con alas nuevas y así honrar a quienes, desde el cielo, nos observan, para que puedan estar orgullosos de nosotros, y seguros de que algún día les contaremos nuestras historias mientras comemos helados y chocolates. De saber que estamos en las manos de Dios y que somos solo un instrumento, y que de todos los dones que nos otorgó al nacer, nos pedirá cuentas con rédito.

Hay que tener la convicción de que sí podemos tomar un pico, una pala, una cubeta, ponernos un casco, un chaleco, unas botas. Estar en deuda eterna con quienes llegaron a nuestra vida a darnos una oportunidad, como el dueño de *Titán* y su perro. Aprender a iluminar la más desafiante oscuridad. Esperar el amanecer más brillante y hermoso.

Hay que pedir ayuda cuando nuestras fuerzas han rebasado lo humanamente posible. Recordar y llorar para sentirnos mejor después. Que así como se derrumbaron otras casas, pudieron ser las nuestras. Estar seguros de que nuestro México se va a levantar. Sigamos escribiendo la historia, con nuevos bolígrafos y muchas hojas de colores, porque los mejores capítulos están por venir.

Así sea.